

# ATESORAMIENTO

Por GERMAN BERNACER

El espectro de la inflación vuelve a ser todavía en nuestros días el fantasma agorero que siembra el terror en el mundo económico. Nuestro régimen monetario tiene la poca envidiable virtud de hacernos vivir alternativamente bajo el temor de la inflación y bajo la esclavitud de la deflación, sin que gocemos nunca de la tranquilidad de una placida y confiada existencia. Entre las dos grandes guerras contemporáneas estos altibajos de nuestro vivir no han hecho sino aumentar en magnitud y violencia, de suerte que parecemos condenados al suplicio de estar tan pronto abocados a carnos de un lado como del otro, y nunca en un cómodo equilibrio estable.

Lo peor es que, bajo el efecto de ese temor constante a un mal que parece crónico e incurable, se recurre a veces en terapéuticas empíricas y en descabellados arbitrios de una curandería casi siempre aturda y con frecuencia malsana.

El mal mayor de la inflación es que, elevando los precios de los artículos corrientes, causa o amenaza con causar un desequilibrio de la economía toda a través del desnivel de los presupuestos, tanto familiares como estatales, tanto de las empresas como de las corporaciones, desnivel que es origen o señuelo de toda clase de trastornos.

Ha dado en creer cierta concepción demastado simplista que la multiplicación de los medios de pago es la responsable exclusiva y original del alza de precios y de ese torbellino que, con creciente impetuosidad, lleva a la desenfrenada inflación. Que un lanzamiento desaforado de nuevo poder de compra al mercado—no seguido paralelamente por el aumento de producción—pueda ser el fulminante de una inflación, no cabe negarlo en principio; pero la observación de la realidad revela que las grandes inflaciones tienen y han tenido otro origen, y que la creación de una enorme cantidad de nuevos medios de pago es, no la causa original, sino la consecuencia de necesidades imperiosas que le admiten espera ni parsimonia en su satisfacción.

\*\*\*

La guerra ha sido siempre la gran generadora de inflaciones, porque la guerra se ha de hacer substrayendo el consumo privado lo más posible en beneficio de la máquina bélica; y no se ha encontrado, por lo regular, mejor medio de obligar al consumidor privado a restringir su consumo al mínimo, que imponerle precios más elevados que le obliguen a reducir su demanda real, si sus rentas no saben a la par, o a gastar de sus ahorros, en tanto que el erario público acrecienta sus recursos por la creación de dinero, mediante el cual absorbe todos los medios de consumo y de producción, que así quedan libres para los fines públicos.

Aun fuera de la guerra, siempre que se presentan necesidades extraordinarias, ocurre lo propio. Véase el caso de la inflación de la postguerra en Alemania, impulsada por la necesidad de pagar las reparaciones y de reconstituir industrialmente el país para atender a ese fin y a la subsistencia de su población. Y ello no fué efecto exclusivo de la derrota, porque

Francia, agobiada por las necesidades de su reconstrucción, padeció también del mismo mal, aunque en proporciones menos catastróficas.

Lo terrible del caso es que, al sustraer al consumidor capacidad de compra por la elevación de precios, se eleva el coste de la vida y el coste de satisfacción de las propias necesidades públicas ordinarias y extraordinarias, de suerte que para alimentarlas se requiere cada día una masa de numerario progresivamente ascendente; hay que forzar cada vez más la máquina de extraer recursos extraordinarios, y así se va creando el círculo vicioso de la inflación.

Más no se olvide que el desequilibrio causado por un déficit de artículos de consumo y uso y de medios de producción suficientes para abastecer las necesidades existentes, con la consiguiente elevación de precios, precede y no sigue a la creación desbocada de medios de pago, y que es allí donde hay que buscar el origen del terribilísimo monetario y no en un simple capricho de estampar papel moneda. Fundar en maniobras monetarias la explicación de fenómenos, cuyas causas son hondas, tiene el inconveniente de conducir a la aplicación de remedios, que en el mejor caso son ineficaces y en el peor francamente perniciosos, puesto que dañan al fomento de la producción, a la intensificación del trabajo y puesta en valor de los recursos disponibles, única manera eficaz de remediar el mal del desequilibrio entre necesidades y recursos para satisfacerlas.

\*\*\*

He aquí que se dice: una de las causas de la inflación es el atesoramiento; hay que combatir el atesoramiento. Poco a poco; el dinero atesorado es precisamente uno de los que no causan inflación, por la sencilla razón de que no crea demanda. El peligro de que el dinero atesorado sea germen de inflación se halla justamente cuando se desatesora. Si se desatesora para llevarlo a una cuenta corriente bancaria, no causa alza de precios, ya que el alza de precios es consecuencia lógica de un desequilibrio entre oferta y demanda en favor de esta última, y un dinero que no se emplea no crea demanda de nada. Pero si se desatesora para aumentar el consumo, lo mismo que si se dispone de la cuenta bancaria para ese fin, el dinero atesorado o guardado en la banca se pone en camino de cooperar a la elevación de los precios de aquellas cosas que demanda. En esto no hay diferencia ninguna entre la cuenta corriente y el billete atesorado; la diferencia está entre que se gaste o se guarde, no entre que se guarde de un modo o de otro.

Ciertamente que, cuando se atesora en billetes, la partida del Pasivo del Banco emisor, titulada «Billetes en circulación», es mayor que si el dinero se entrega en cuenta corriente. En esto se apoyan algunos opinantes para suponer que hay en el primer caso una mayor inflación que en el segundo. Ello se basa en una teoría cuantitativa de las más simplistas, y, si la tesis cuantitativa en general se halla bastante desacreditada, no hay nadie con solvencia científica que acepte una versión

tan parcial de ella; se toma, aun dentro de la tesis cuantitativa más rigurosa, como índice de inflación, no los billetes circulantes, sino la suma de éstos con los saldos de cuentas corrientes en el Pasivo del Banco emisor. Y aun esto es erróneo, porque lo que hay que considerar, aparte de la suma total del dinero circulante en cualquier forma que esté, es la situación de ese dinero y la acción que ejerce. El dinero que se ahorra—y entre él el que se atesora en sentido estricto—es precisamente el que no causa efecto sobre el mercado de productos, de tal modo que si al aumentar la circulación se intensificara igualmente el ahorro, no habría alza de precios, y de hecho se pueden observar en la historia financiera casos de aumentos de circulación y baja de precios.

De aquí se deduce que perseguir el atesoramiento para favorecer la cuenta corriente, como preventivo de la inflación, es obra vana que no deja de tener posibles derivaciones perjudiciales. Su única ventaja sería economizar en el gasto de billetes, cuya reposición resulta onerosa, pero cuando, por ejemplo, se intenta combatir el atesoramiento sustituyendo en la circulación los billetes de mayor cuantía por otros de más bajo valor, considerando éstos menos propicios para ser atesorados, lo único que se consigue es incrementar el gasto y acumular trabajo y riesgo en las taquillas de los Bancos y en todas las oficinas que tienen que cobrar y pagar cantidades grandes, y han de contar para la misma suma diez veces más rotales de papel, amén de las mayores incomodidades de trasiego. Y aun es muy posible también que el obligar a las gentes a conservar su dinero en una forma que, con razón o sin ella, les resulte menos grata, pueda contribuir a fomentar la propensión a no ahorrar y aun a gastar lo ahorrado, con lo cual se ejerce una acción contraria a los fines que se persiguen.

Dentro de la circulación impuesta por circunstancias que a nadie mejor que a las autoridades financieras y monetarias les corresponde controlar con rigor y tacto, hay que procurar evitar todo lo que pueda constituir contra-estímulo al ahorro, pues ello contribuye a poner en marcha la inflación, tanto como la propia emisión de papel, no siempre evitable.

Si las alzas de precios que se desarrollan cuando se manifiesta escasez de artículos promueven la inflación, es porque su efecto es hacer que muchos consumidores que ahorraban se vean obligados a ahorrar menos o a no ahorrar nada, y aun a gastar de sus ahorros anteriores o a utilizar su crédito para suplir un déficit patente.

\*\*\*

¿Quiere decir esto que haya que considerar como indiferente que el dinero permanezca ocioso en sus atesoramientos o se invierta? Nada de eso. Lo indiferente es que se atesore o sirva simplemente para contraer la circulación fiduciaria a cambio de crear un saldo de cuenta corriente en la banca. El dinero ahorrado resulta tan inútil de un modo como de otro; lo que hay que hacer es darle inversión productiva, y si se le da, su efecto es precisamente poner en circulación los billetes

(Continúa en la página 19)

tividad productiva ha de consistir en dinero efectivo o ha de estar pronto a tomar esa forma en su mayor parte. Producir es, desde el punto de vista monetario, pagar retribuciones productivas que seguidamente van a constituir demanda corriente, operaciones que comportan la conversión de los saldos bancarios en moneda legal.

El dinero que se emplea del lado del consumo contribuye a aumentar la demanda sin aumentar la producción y, por consiguiente, a exagerar cada vez más el desequilibrio que ahora existe en el mundo entre la oferta y la demanda, con déficit de la primera. Mas no ocurre así con el dinero que se invierte del lado de la producción, pues éste tiene por efecto crear productos al mismo tiempo que crea medios de demandarlos. Y la producción es la única manera de llegar alguna vez a restablecer el perdido equilibrio. La producción pone en manos de los consumidores una cierta suma de poder de compra y simultáneamente un valor equivalente de productos en el mercado; si no todo ese poder de compra se utiliza en el consumo, una parte de los valores reales creados deja de ser demandada, quedando en existencia sobre el mercado. Si seguidamente aquel ahorro se invierte producti-